



LINARES. "LA TORTILLA" GALERIA DE HORNOS DE FUNDICION.

Artículo
Bajo la tierra

del libro
MARES Y MONTAÑAS
de
José Ortega Munilla

1887

Colectivo Proyecto Arrayanes, 2012



BAJO LA TIERRA.

Pozos de la Tortilla, Abril 13.

El hermoso día convidaba á pasear. Previsora hospitalidad nos había adelantado en el deseo, y apenas le acabábamos de expresar, cuando en la puerta de nuestro hospedaje piafaban los caballos. Obra fué de un segundo el alejarnos de Linares, dejando á la derecha su Plaza de Toros y á la izquierda el grupo mayor de caserío. Las huertas que rodean el pueblo le dan un aspecto sonriente. A lo lejos se descubren los primeros edificios de la industria minera, y rodeándolos, olivares y plantíos

bien cultivados. Confúndese lo minero con lo agrícola, y el sembrado de trigo llega hasta las tapias mismas de la fábrica de fundición. En medio de un olivar se ve un malacate, en cuyo torno se enrosca el cable metálico que saca del pozo de la mina los cubos llenos de mineral. Por todas partes se descubren signos de la industria del país: chimeneas, cabrias, malacates, ruedas de transmisión, cables de alambre tendidos entre los olivos y sobre los sembrados montones de piedra de que ya se ha obtenido el mineral. En los 10 kilómetros que forman el horizonte visible se descubre una sucesión no interrumpida de artefactos mineros, casas, almacenes. A diferencia de otros países metalúrgicos, de un aspecto tan erial é improductivo, que se diría que la tierra ha agotado todas sus fuerzas en la decantación lenta de los metales que ha ido depositando gota á gota en los estratos del cuarzo y el granito, aquí mientras el seno del planeta engendra plomo, la superficie engendra flores. Abajo

arde el horno eterno de los gnomos; arriba hierve la primaveral generación de huertas y jardines. Vulcano atiza sus fraguas, mientras Flora y Pomona disponen sus cestos de frutas y sus ramos aromosos.

La meseta de los pinos divide en dos vertientes el panorama. Al lado de acá se ve á Linares, floreciente con sus huertas, con sus chumberas, con sus olivos, con sus plantíos de cebada y trigo, que tienden anchas alfombras verdes entre las manchas bronceadas de los olivares y los blancos montones de piedras de las minas. Estas dibujan en el horizonte, sobre el fondo, azul del cielo, montículos puntiagudos, coronados por un torno de extracción parado, cuyos cables y cadenas se oxidan y cubren de herrumbre, en la triste pereza de una industria arruinada.

Al lado de allá de la meseta de los pinos parece como que la potencia vegetativa ha retrocedido ante el trabajo del minero. En la rápida pendiente del terreno descúbrense fábricas y artefactos, pozos de minas y ca-

minos, casitas blancas y perspectivas de nuevas minas y de más fábricas.

De trecho en trecho halla el observador grandes boquetes, que fueron de las minas explotadas por los romanos, y que yacen en abandono desde largos siglos. Tanto artefacto inactivo, tanta obra detenida, tanta mina silenciosa, hablan al ánimo con palabras de dolor y tristeza. Descúbrense las amarguras de cien industriales paralizados en el momento más febril de su empeño por una crisis que se ha impuesto con la pesada é inapelable ley de la oferta y la demanda. Un criadero de plomo descubierto en Alemania, un gran yacimiento de arenas plumbíferas hallado en América, han abaratado el plomo, Linares ha sido arrancado bruscamente, por tan rápida baja, de un sueño de trabajo y riqueza en que vivía desde veinte años antes.

Después de este sentimiento elegiaco, vuelve á apoderarse del ánimo la curiosidad que inspira el contraste del arado que hiere

la tierra y la chimenea que envía su humedad al cielo. Y al mismo tiempo que en el paisaje, se advierte en el vecindario tan vivo y original conjunto. En los caminos hallamos bien un grupo de arrieros del país con sus recuas, bien un minero de exótico aspecto. Ya tropezamos en un recodo de la senda con un terrateniente que viene de su predio cabalgando en pacífica jumenta, ya con un *capitan* (ó capataz) de una mina, que, sobre robusto caballo, ofrece al aficionado á observaciones pintorescas los rasgos de la familia inglesa, la seria apostura, el rubio semblante, la corpulencia y la serenidad. En los saludos que se dirigen las personas que se hallan en las amenas sendas de aquel vergel del plomo y las olivas, se mezclan el «A la paz de Dios» con el *God evening*. Porque conviene recordar que la mayor parte de las minas están dirigidas por 150 ingleses, completando la colonia extranjera 30 alemanes y 20 franceses. La influencia exótica ha llegado al idioma, á los trajes y hasta al santuario último y

más sagrado de las costumbres: hasta á la cocina. Ya se mezclan en cualquier mesa bien servida de Linares la lengua y las habas cocidas con los vinos de Santa Cruz de Mudela y de Montilla.

Aquí y allá cruzan la senda los rails de un ferrocarril minero, por el que pasan frecuentemente vagonetas cargadas de mineral y arrastradas por dos mulas. Un mozuelo, sentado sobre los pedruscos que llenan el carricoche, guía las bestias, entonando cantares andaluces, y en un recodo del camino se pierde aquella visión de la actividad inglesa, sobre la que suena la langorosa música del país, á la manera como la poesía se cierne sobre la riqueza.

Los 800 registros de minas que agujerean la corteza terrestre en todo el término, han sido bautizados por pintorescos nombres. Abundan entre ellos, los de santos. Hay una mina que se llama «La Copela» y otra «La Venganza;» «La Fe Buena» está no lejos de «Espartero;» «La Gitana» y «La Cabra»

recuerdan á «Nuestra Señora de París;» «La revolución» y «La Ley» traen á la memoria, con sus pedruscos brillantes, páginas mil de la historia humana. Hay un registro titulado «El Buitre» y otro titulado «La Perdiz» y distribuídos por la amplia zona minera se hallan «El Descuido» y «¿Quién tal pensara?» «La Virgen» y «El Santo Rostro,» «Santa Isabel II,» «Lord Derby,» etc. La titulación es caprichosa y pintoresca. A veces se ha buscado en el título un epigrama, á veces el amparo de un nombre simpático, ya un amuleto santo contra la ruina, ya una celestial recomendación que guíe los picos de los obreros con acierto á través del misterioso camino de las rocas.

*
* *

Acompañado por el Sr. Sopwith fuí á visitar su mina «La Tortilla,» inmediata á la fábrica que mañana se inaugura. El director

de la mina Mr. Guillermo Charlton, y otro de los inteligentes jefes de la explotación, me invitaron á bajar á uno de los pozos, el que ahora es objeto de preferente trabajo y del que se saca mucho mineral. No dudé un momento. El abismo atrae, y un abismo donde no espera la muerte, sino agasajos, atrae mucho más. Fué preciso que trocara mi traje por el uniforme del minero, y bien pronto me encontré vestido de blanco lienzo y cubierta mi cabeza con un sombrero de resistente copa para evitar los golpes contra el techo de las galerías. Un verdadero disfraz. Mientras iba echándome encima aquellas prendas, hablábanme de no sé qué misteriosa prueba á que tenía que someterme, como todos los que por vez primera bajan á una mina. Este anuncio y á la vista del pozo, oscuro, de fondo desconocido, me causó un poquito de miedo; pero ya no era decoroso renunciar á un plan aceptado. Puse mis piés y mis manos en la escala de hierro y empecé á descender en la sombra.

Pendiente de un ojal de mi chaqueta llevaba una lámpara de minero. Bajo mis piés y en la misma escala en que yo me sustentaba iba Mr. Charlton, el director de la mina, y sobre mi cabeza el *captain* de los exploradores y barreneros Mr. Tonkin. Las escalas de hierro nos condujeron hasta la quinta planta, á 100 metros del nivel del suelo. Apenas hubimos descendido un tramo de escalera dejamos de oír el ruido ensordecedor de la industria y dejamos de ver el sol vibrante de Andalucía. Subían del negro pozo bocanadas de aire húmedo y caliente y sentíamos á nuestro lado el rozar del cable metálico que saca desde 270 metros de profundidad la galena recién arrancada, en enorme cubetón de hierro, y la succión poderosa de la tubería de desagüe, en la que una máquina de vapor de 250 caballos de fuerza hace el vacío incesantemente, sin descansar desde hace veinte años.

Las luces de nuestras lámparas, oscilando en el estrecho tubo de piedra en que nos ha-

llábamos, arrojaban á las salientes rápidas fulguraciones que hacían bailar en la sombra nuestras siluetas. A veces oíamos el ruido de la caída de agua y un chorro frío nos bautizaba de improviso. De trecho en trecho advertíamos en nuestro descenso grandes oquedades y principios de túneles que son calicatas abandonadas por el minero, que en la noche eterna de aquel abismo busca á tientas, con la barra y la lámpara, el fulgor del plomo entre la roca. Oyense de cuando en cuando lejanas detonaciones de los barrenos de dinamita, que conmueven las capas de aire y estremecen la mina. Vive en aquellas oscuridades un pueblo de dinamiteros, que duermen tranquilos sobre cien cartuchos explosibles, y ayudados por esta deidad infernal van hiriendo las entrañas del globo. Otra detonación, otra después. Mr. Tonkin, que es irlandés, me dice:

—No tenga V. cuidado; aunque manejo la dinamita y soy irlandés, no soy feniano.

A medida que se desciende se va perdien-

do algo de la noción de la realidad. Hemos entrado en la mansión de los gnomos. ¿A cuántas leguas de nosotros están los pájaros que pían en las huertas de Linares, el pintoresco y movable mosaico de la vegetación, coloreado por la luz de un cielo primaveral? Parece que acudimos á presenciar algo solemne y espantoso, y se duda que aquello que para nosotros reviste caracteres tan extraordinarios constituya la vida cotidiana de 7.000 hombres. La falta de luz aumenta la realidad de las distancias, y el abismo se agranda bajo nosotros dando á la sencilla operación de la bajada de una escala las proporciones de una acción de que depende la vida.

Hemos llegado á 100 metros de profundidad. El Sr. Charlton me invita á continuar bajando, pero yo doy por suficiente la prueba de animosidad, y prefiero avanzar por la galería que se ofrece ante nuestros pasos, como un túnel de ferrocarril que tuviese la mitad de altura y anchura de aquellos. Avanzamos. Candiles colgados en la roca

de trecho en trecho forman el alumbrado de esta ciudad subterránea. La altura del techo y la naturaleza del piso varían. A veces es preciso bajar la cabeza, arrastrarse, trepar sobre montones de rocas partidas por el barreno. A veces nos hundimos en agua hasta las rodillas y tenemos que vencer la corriente, que brota de mil fuentes ignoradas y va hasta donde la llama la poderosa aspiración de la máquina de desagüe.

En los muros serpea la veta metálica que, herida por la claridad débil de los candiles, fulgura un momento y se sume después en la sombra, corriendo sobre el granito fugaces relámpagos de luz plateada. Ya descubrimos entre la cuarcita y el carbonato de cal redondos y anchos depósitos de galena, que son como bolsas formadas allí el día de la cristalización de los metales; ya irregulares capas del mineral, que esmaltan y artesonan la bóveda, cual si los gnomos, en sus juegos fantásticos, hubieran arrojado al techo puñados de plomo fundido, que, al enfriar-

se en la roca, la recubren de un brillo tembloroso, como el que produciría la agitación de millares de microscópicos espejitos.

El minero ha seguido, al trazar con el barreno y el pico estas calles subterráneas, al guía de la veta metálica, y allí donde esta se ensancha ha centuplicado sus energías, ha prodigado la dinamita, ensanchando las paredes, levantando las techumbres, convirtiendo la angosta vía, que parece senda de alimaña, en amplia caverna que recuerda los sueños históricos de una tribu de trogloditas.

Así recorrimos kilómetro y medio, llegando al fondo de la galería, que los mineros perforan incesantemente. Había allí un centenar de hombres, unos de ellos preparando un barreno, otros disponiendo los cartuchos de dinamita, cuya sola vista en aquellos profundidades me daba horror; los demás cargaban vagonetas de mineral y las empujaban hasta uno de los pozos.

Entonces se efectuó la ceremonia de imponerme el óleo de la minería, con unos

granos del mineral y con un poco de aceite, hizo uno de los mineros un amasijo, con el que me tiznó la frente y las mejillas.

—Ya puede V. ir á todas las minas inglesas—me dijo el minero—y será V. respetado.

—Muchas gracias. No tengo afición.

En efecto: deseaba salir cuanto antes á la luz, y una hora después me daba el sol en los ojos, y me hallaba en lo más alto de un torno, rodeado del hermoso paisaje linarés.

Por allí andaba un fotógrafo, y antes de que nos hubiéramos enterado, había trasladado al cristal nuestras personas, que chorreando agua, tiznadas del plomo, sudorosas, más que la eterna remembranza de una fotografía demandaban un baño. Nos le dieron también, y entre olas de jabón, como Venus entre olas de espuma, resucitamos á nuestra vida de cronistas y viajeros.

FIN.

El artículo lo publicó EL IMPARCIAL el 16 de abril de 1885
Está escrito por José Ortega Munilla que visitó Linares con
motivo de la inauguración de la Fundición de La Tortilla, el 14
de abril 1885.

El artículo puede descargarse de la página web del Colectivo
Proyecto Arrayanes
www.proyectoarrayanes.org